

LA VISIÓN, LA PRÁCTICA Y LA EDIFICACIÓN DE LA IGLESIA COMO CUERPO DE CRISTO

(Viernes: primera sesión de la mañana)

Mensaje cuatro

Experiencias cruciales en la práctica de la vida de iglesia

(1)

Nuestra alma es subyugada y saturada con Cristo como Espíritu y Cristo es liberado del encarcelamiento del alma

Lectura bíblica: Ef. 3:8-11, 16-21; Col. 3:11; 1 Ts. 5:23; 2 Co. 4:16; He. 4:12

I. La vida de iglesia es Cristo hecho real a todos los santos, experimentado y expresado por ellos de manera corporativa—Ef. 3:16-21:

- A. Dios planeó tener la iglesia con el propósito de que expresara a Cristo; por ello, la iglesia es la expresión de Cristo—vs. 9-11, 21.
- B. La vida de iglesia es nada menos que el Cristo todo-inclusivo con Sus inescrutables riquezas experimentado y disfrutado y expresado por medio de nosotros—vs. 8, 21.
- C. Si hemos de experimentar tal vida de iglesia, debemos estar constituidos de Cristo hasta que todo lo que seamos y tengamos sea simplemente Cristo mismo, quien es el todo y en todos; ésta es la esencia y la sustancia de la vida de iglesia—Col. 1:12; 2:9-10, 16-17; 3:4, 10-11; 4:15-16.

II. A fin de practicar una vida de iglesia que exprese a Cristo conforme al propósito eterno de Dios, nuestra alma debe ser subyugada y saturada con Cristo como Espíritu—1 Ts. 5:23; Ef. 3:17a; Gá. 4:19; 1 Co. 15:45; 2 Co. 3:17:

- A. Por un lado, el crecimiento de la vida divina consiste en que se expanda el terreno del Espíritu Santo en nosotros; por otro, el crecimiento de vida significa que cada parte de nuestra alma está siendo subyugada—1 Ts. 5:23:
 - 1. Cuanto más nuestra alma sea subyugada, más la vida crecerá; y cuanto más nuestra alma mengue, más la vida aumentará; éste es un hecho seguro.
 - 2. La parte del alma de una persona que es particularmente fuerte y sobresaliente es la parte por la cual ella vive; cuando le sobrevienen ciertas situaciones, utiliza esa parte para hacer frente a ellas—1 Co. 2:14.
 - 3. Después que experimentamos suficientes tratos disciplinarios de la cruz, cada parte de nuestra alma es subyugada; nuestra mente, parte emotiva y voluntad son subyugadas, y dejan de ser tan sobresalientes como eran antes—cfr. 2 Ti. 1:7.
 - 4. El Cantar de los Cantares revela que después que hemos sido atraídos por la belleza del Señor para amarle, tenemos que aprender una sola lección: subyugar nuestra voluntad—1:9-11:
 - a. Cuanto más subyugada sea nuestra voluntad, más transformados seremos—4:1, 4; 2 Co. 3:18; Ro. 12:2.

- b. Puede afirmarse que la voluntad de una persona es su verdadero yo, porque la voluntad representa a la persona—Jac. 4:13-15; 1 Co. 4:19; Hch. 18:21.
 - c. Además de que Dios nos dé vida eterna en Cristo, la obra más grande de salvación que experimentamos es que nuestra voluntad sea traída de regreso a Dios—Fil. 2:12-13.
 - d. La unión más importante y más completa que experimentamos con Dios se basa en la unión de nuestra voluntad con la voluntad de Dios—Mt. 7:21; 12:50; Ro. 12:2; Col. 1:9; 4:12.
- B. A fin de que la iglesia sea la expresión de Dios, tenemos que permitir que Cristo como Espíritu vivificante viva en nuestras partes internas y las sature consigo mismo—Gá. 2:20; 4:19; Ef. 3:16-17a:
- 1. Necesitamos llegar a estar constituidos de la realidad divina en nuestras partes internas, esto es, en las partes de nuestra alma—Sal. 51:6:
 - a. La realidad divina es el Dios Triuno —el Padre, el Hijo y el Espíritu—, quien llega a ser nuestro elemento constitutivo—Jn. 14:6; 16:13; 1 Jn. 5:6.
 - b. El Espíritu de realidad nos guía a toda la realidad: lo que el Padre tiene, lo que el Hijo tiene y lo que el Espíritu recibe del Hijo y de lo que el Padre tiene—Jn. 16:13.
 - c. A medida que el Espíritu de realidad nos guía a la realidad divina al transmitirnos dicha realidad, la realidad divina —el Dios Triuno procesado y consumado— llega a ser la esencia de nuestro ser—1 Jn. 4:13-14; 5:6.
 - d. La realidad divina debe llegar a ser nuestra realidad, nuestra vida y nuestro vivir, y esta realidad debe ser aplicada a todo nuestro ser en todas las cosas y en todo aspecto hasta llegar a ser nuestra realidad en nuestro andar diario—3 Jn. 3; Jn. 4:23-24.
 - 2. “Lámpara de Jehová es el espíritu del hombre, / que escudriña lo más profundo del ser”—Pr. 20:27:
 - a. Nuestro espíritu es la lámpara de Dios que está dentro de nosotros, y la luz que resplandece dentro de nuestro espíritu regenerado es Dios mismo—Jn. 3:6; 1 Jn. 1:5.
 - b. Cuando el Espíritu de Dios, que es el aceite, empapa (se mezcla con) nuestro espíritu regenerado como “pábilo” (cfr. Ro. 8:16) y “arde” junto con nuestro espíritu (12:11), la luz divina resplandece en nuestras partes internas.
 - c. El Espíritu desea alumbrar todas nuestras partes internas, al resplandecer en nuestros pensamientos, sentimientos, motivos e intenciones.
 - d. Si somos vasos abiertos al Señor, abriendo a Él todas las partes más profundas de nuestro ser, experimentaremos el resplandor de la luz divina dentro de nosotros—2 Co. 4:6-7.
- III. A fin de practicar una vida de iglesia que exprese a Cristo conforme al propósito eterno de Dios, Cristo necesita ser liberado del encarcelamiento de nuestra alma mediante el quebrantamiento de nuestro hombre exterior para la liberación del espíritu—1:9; 4:16; He. 4:12:**

- A. Tenemos a Cristo en nuestro espíritu (1 Co. 6:17; 2 Ti. 4:22), pero es posible que Él no tenga cabida ni terreno alguno en nuestra mente, parte emotiva y voluntad:
1. Si éste es nuestro caso, nuestro espíritu no es un hogar para Cristo, sino una cárcel; Cristo está encarcelado por nuestra alma.
 2. Cristo mora en nuestro espíritu, pero es posible que Él no ocupe todas las partes de nuestra alma; éste es un asunto muy vital.
 3. Cristo está en nosotros como esperanza de gloria (Col. 1:27), pero nuestra alma es demasiado fuerte, natural, terrenal y humana; por tanto, intencionalmente o no, encarcelamos a Cristo con nuestra alma.
 4. La vida de iglesia es Cristo que brota del interior de los santos para Su expresión corporativa; sin embargo, si Cristo permanece encarcelado dentro de nosotros, no podremos practicar la vida de iglesia—Ef. 3:16-17, 21.
- B. Todos necesitamos experimentar el quebrantamiento del hombre exterior para la liberación del espíritu, a fin de que Cristo pueda ser expresado de manera corporativa—He. 4:12:
1. El quebrantamiento elimina lo que originalmente tenemos en nuestro ser natural, lo cual cambia nuestra apariencia original y modifica nuestra condición original.
 2. La medida a la cual somos quebrantados es la medida en la cual podemos cooperar con Dios—Fil. 2:12-13.
 3. Todo lo que Dios quebrante entrará en la muerte a fin de pasar por la muerte; una vez que pase por la muerte, entrará en resurrección, y una vez que sea resucitado podrá lograr la meta de Dios—2 Co. 1:8-9; Fil. 3:10-11.
 4. Cuanto más quebrantamiento experimentemos, más será liberado nuestro espíritu; en cualquier asunto que experimentemos el quebrantamiento, en ese mismo asunto nuestro espíritu será liberado—2 Co. 4:16; He. 4:12.
- C. Una vez que nuestra alma sea subyugada y quebrantada, Cristo será expresado; en esta expresión de Cristo somos uno y podremos practicar la vida de iglesia como expresión corporativa de Cristo—Ef. 3:21; 4:3-6; Jn. 17:22.

Extractos de las publicaciones del ministerio:

TOMAR MEDIDAS EN CUANTO A LA PARTE EMOTIVA, LA MENTE Y LA VOLUNTAD

Perfumar o saturar de una sustancia cualquier objeto carente de vida y personalidad es bastante sencillo. Por ejemplo, si sumergimos un trozo de algodón en un recipiente que contiene tinta roja, rápidamente absorberá la tinta. Esto es sencillo. Sin embargo, supongamos que alguien trata de sumergirlo a usted, una persona viva, en tinta roja. Sin duda alguna, usted se resistirá. Es por ello que al Señor le es tan difícil saturarnos de Sí mismo. Nosotros tenemos nuestra propia personalidad, nuestra propia voluntad, y no queremos perderla.

Por lo tanto, vemos en El Cantar de los Cantares que el Señor primero conmovió los sentimientos de la buscadora. “¡Que me bese con los besos de su boca! / [...] Atráeme; y en pos de ti correremos”. El Señor conmovió sus sentimientos, y ella empezó a amarlo, pese a que era tan fuerte como las yeguas. Luego, por entrar en la presencia del Señor y empezar a apreciar la dulzura y hermosura del Señor, ella fue transformada por medio de la renovación de su mente. Su percepción de las cosas y sus conceptos cambiaron. El Señor primero conmovió sus

sentimientos, y luego renovó su mente. Sin embargo, allí no termina todo. Ella aún tenía una voluntad férrea. Sus sentimientos fueron conmovidos, y su mente fue transformada, pero su voluntad seguía siendo muy férrea. Por esta razón, el Señor tardó más para tomar medidas en cuanto a su voluntad. Sin embargo, con el tiempo su voluntad llegó a ser cabellos como rebaño de cabras que se alimentan en el monte Galaad. Fue así como la cruz logró subyugar completamente su voluntad. Luego, en resurrección, su voluntad llegó a ser tan fuerte como la torre de David, para ser la armería de Dios.

Fue al tomar medidas en cuanto a su parte emotiva, su mente y su voluntad, que el Señor pudo forjarse en Su buscadora. Si tomamos esto simplemente como una enseñanza, no significará nada para nosotros. Por Su misericordia debemos entender que el Señor nos está hablando hoy. Debemos empezar a amarle con nuestra parte emotiva. Entonces le buscaremos, le hallaremos y tendremos una dulce comunión con Él. Luego, en esta comunión, le apreciaremos y disfrutaremos. Así, algo del Señor entrará en nosotros y nos impregnará. Esta obra de saturación nos transformará y subyugará nuestra voluntad. Entonces estaremos dispuestos a permitir que el Señor haga lo que desea. Él nos sumergirá en “tinta roja”, y nosotros seremos impregnados y perfumados. Seremos saturados al grado en que nuestro carácter, nuestra personalidad y nuestra voluntad se perderán en Él. Entonces Él verdaderamente será nuestra persona.

Una yegua posee una personalidad sumamente fuerte, pero el palanquín no posee una personalidad propia, aunque sí tiene una personalidad. Su personalidad es sencillamente la persona viva a quien transporta. Es por ello que el Señor Jesús desea forjarse en nosotros a tal grado.

Después de leer sobre estas cosas, no debemos hacer nada para producirlas. No debemos esforzarnos por cambiar nuestra mente ni por subyugar nuestra voluntad. Sencillamente no podemos hacerlo. Sólo hay una manera de lograr que nuestra mente cambie: apreciar al Señor. Cuanto más le apreciemos, más cambiarán nuestros conceptos. Anteriormente, el cine y todas las cosas mundanas nos atraían. Aunque no han cambiado, sencillamente ya no nos atraen. Tales cosas no han cambiado; quienes hemos cambiado somos nosotros. Nuestros conceptos han cambiado debido a nuestro aprecio por Jesús. La dulzura y belleza de Jesús han cambiado la manera en que vemos las cosas. Cuanto más le apreciemos, más cambiará nuestra mente.

Después de apreciar al Señor, debemos proseguir a disfrutar al Señor. Cuanto más le recibamos, más Él llegará a ser el elemento que nos impregna interiormente. En Él tenemos la mirra, el olíbano, la grieta de la roca y lo escondido de escarpados parajes. Todos estos elementos se hallan en Su persona, y tendrán que ser forjados en nosotros hasta que seamos transformados y nuestra voluntad obstinada sea completamente subyugada. Cuanto más nos alimentamos de Él y le ingerimos, más Él nos saturará hasta que nuestra voluntad sea completamente subyugada. Es por ello que el Señor la alabó diciendo que sus cabellos son como rebaño de cabras “que descansan en el monte Galaad”. Galaad es un lugar donde se apacienta al rebaño. “Pastorea a Tu pueblo [...] / al rebaño de Tu heredad, / [...] apaciéntense en [...] Galaad, / como en los días de antaño” (Mi. 7:14). “Volveré a traer a Israel a su morada, / y pacerá en el Carmelo y en Basán; / y [...] en Galaad / se saciará su alma” (Jer. 50:19). Aparte de alimentarnos del Señor, no existe otra forma en que nuestra voluntad puede ser subyugada.

No debemos tratar de subyugar nuestra voluntad por nuestro propio esfuerzo. Simplemente tenemos que aprender a alimentarnos de Cristo. Tenemos que orar-leer Su Palabra de una manera viva y debemos decirle: “¡Oh, Señor Jesús, te amo! Recibo Tu elemento en mi ser.

Me alimento de Ti como la Palabra viva”. Si hacemos esto, espontáneamente el Señor saturará nuestro ser y subyugará nuestra voluntad. Nuestra parte emotiva será conmovida, nuestra mente será transformada y nuestra voluntad será subyugada. Entonces, el Señor tendrá plena libertad para saturarnos de Sí mismo. Así, dejaremos de ser una yegua, y llegaremos a ser un palanquín y una corona. Cuando otros pregunten acerca de nosotros, la respuesta que se les dará es que sencillamente somos Cristo con la corona. Esto significa que nosotros habremos sido forjados en Jesús, y Él se habrá forjado en nosotros. De este modo, seremos absolutamente uno con Él para que pueda llevarse a cabo Su mover en la tierra. (*La vida y la edificación como se presentan en El Cantar de los Cantares*, págs. 77-79)

Liberar a Cristo del encarcelamiento del alma

No hay duda alguna de que tenemos a Cristo en nuestro espíritu, pero sí hay grandes dudas respecto a si Cristo ocupa algún lugar de nuestra alma. Es posible que Cristo no tenga cabida, ni espacio, ni terreno alguno en nuestra mente, parte emotiva y voluntad. Si ése es nuestro caso, nuestro espíritu no es un hogar para Cristo, sino una cárcel. Nuestra alma encarcela a Cristo. En el momento en que creímos, ejercitamos nuestra mente para arrepentirnos. Hicimos que nuestra mente se volviera, lo cual significa que nuestra mente fue abierta. En ese momento también confesamos nuestros pecados. Siempre nuestro creer es acompañado por nuestra confesión. De esta manera tanto nuestra mente como nuestra conciencia fueron abiertas, de ese modo recibimos al Señor Jesús, y Él entró en nosotros. Sin embargo, después de esto muchos creyentes cierran su mente y su conciencia. El Señor Jesús entró en ellos, pero ellos después lo recluyen en su espíritu. En otras palabras, lo encarcelan en su conciencia, su mente, parte emotiva, su obstinada voluntad y su yo. Aunque Cristo está en nuestro espíritu, es posible que Él esté encarcelado allí. Es por eso que el apóstol Pablo, después de revelar la visión del Cuerpo en la primera parte de Efesios, comprendió que necesitábamos que nuestro hombre interior, nuestro espíritu, fuese fortalecido para que Cristo pudiera hacer Su hogar en todas las partes del corazón, esto es, en la mente, la parte emotiva, la voluntad y la conciencia. Esto significa que Cristo debe llegar a ocupar todas las partes internas de nuestro ser y establecerse en ellas.

En años recientes tanto aquí como en el Lejano Oriente, los hermanos y hermanas han hablado mucho acerca de Cristo como vida y de la edificación de la iglesia. Sin embargo, me he sentido muy afligido por lo que he observado y percibido. A menos que el alma sea quebrantada y transformada, no existe posibilidad alguna de practicar la verdadera vida de iglesia. Es por ello que el hermano Nee aun en la etapa final de su ministerio todavía habló acerca del quebrantamiento del hombre exterior para la liberación del espíritu. El hombre exterior, el hombre anímico, necesita ser quebrantado a fin de que el hombre interior, el espíritu, sea liberado. Le gente hoy aprecia mucho el libro del hermano Nee que se titula *La vida cristiana normal*, pero eso sólo corresponde a los rudimentos. Ésos fueron mensajes que él dio hace más de veinticinco años. En los primeros años, después de que yo lo conocí, él siempre recalca esos temas. Pero después de esto, él fue puesto en tribulaciones por largo tiempo, y después de la segunda Guerra Mundial sus mensajes casi siempre recalcan el quebrantamiento del hombre exterior.

Antes de que el hermano Nee regresara al ministerio público después de la guerra, él tuvo varios tiempos de comunión con unos cuantos hermanos. En esas largas pláticas que tuvo con ellos recalcó una sola cosa. Cada vez que yo o alguien más planteaba una pregunta, él siempre respondía de la misma manera: el hombre exterior necesita ser quebrantado. Todos los problemas se deben al hecho de que el hombre exterior —el alma— no ha sido quebrantado. El

alma es demasiado fuerte. La mente es demasiado natural, la parte emotiva demasiado mundana, y la voluntad demasiado humana.

Cristo mora en nuestro espíritu, pero es posible que Él no ocupe todas las partes internas de nuestra alma. Esto es un asunto sumamente vital.

Colosenses 1:27 dice: “Cristo en vosotros, la esperanza de gloria”. No hay duda alguna de que Cristo está en nosotros, pero nuestra alma es demasiado fuerte, natural, terrenal y humana. Por lo tanto, tarde o temprano, con o sin intención, encarcelamos a Cristo por nuestra alma. Esto nos sucede a todos. Todos tenemos a Cristo, pero nuestro Cristo ha sido encarcelado en nuestro interior. La vida de iglesia es Cristo mismo a quien todos los santos perciben, expresan y experimentan de manera corporativa. Este Cristo procede de todos y nos mezcla conjuntamente. Sin embargo, si Cristo está encarcelado por la vida anímica en usted, y es encarcelado por la vida anímica en mí, ¿cómo podremos practicar la vida de iglesia? Cristo está en nosotros, pero no puede ser expresado y nosotros no podemos percibirle debido a nuestra alma. El alma de una persona es fuerte, y el alma de otra persona es aún más fuerte. Una persona ejercita su mente, y otra ejercita su mente aún más. Es cierto que somos hermanos y miembros del Cuerpo, pero todos estos miembros se hayan cubiertos y ocultos bajo una capa de “cera” anímica. Esta “cera” anímica es muy fuerte. Somos demasiado fuertes en nuestra mente, en nuestra parte emotiva y en nuestra voluntad. Es por eso que necesitamos ser fortalecidos en nuestro hombre interior. Entonces Cristo nos llenará y se propagará desde nuestro interior hasta apoderarse de nuestro corazón. De este modo, el alma será subyugada y quebrantada, y todas las partes del alma serán renovadas. Entonces Cristo será expresado, y en virtud de este Cristo seremos uno. (*The Vision, Practice and Building Up of the Church as the Body of Christ*, págs. 75-78)

CÓMO SER QUEBRANTADOS

Respecto al quebrantamiento, hay tres puntos o etapas en cuanto a nuestra experiencia. Primero, que el Señor nos ilumine; segundo, por nuestra parte, que pongamos en ejecución lo recibido; y tercero, todas las circunstancias a nuestro alrededor. ¿Qué significa ser quebrantados? Esto es similar a que un vaso se caiga y se rompa en pedazos; esto es lo que significa ser quebrantados. Todos debemos entender esto claramente. Considere su propia situación: su vida natural, su temperamento, su manera de ser y su carne, todo está entero y completo. Sin embargo, ahora que usted ha sido salvo, la vida de Cristo ha entrado en usted. Esa vida debe ser liberada y fluir de su espíritu, pero no puede porque está rodeada y cercada. ¿Qué la rodea? La rodea la vida natural de usted, su carne, su temperamento y su manera de ser. Lo que usted es rodea la vida de Cristo, impidiéndole que ésta sea liberada. Por tanto, todo lo que se halla en usted, lo cual está entero y completo, necesita ser quebrantado. Solamente cuando estas cosas sean quebrantadas, será liberada en nosotros la vida de Cristo.

Primero, Dios nos ilumina con Su luz para mostrarnos que todo lo que tenemos —incluyendo nuestra vida natural, nuestra carne, nuestro temperamento y nuestra manera de ser— son enemigos de la vida de Cristo, y son estorbos y obstáculos para dicha vida. Dios también nos mostrará que todas estas cosas ya fueron crucificadas porque Dios las ha rechazado y, además, que son enemigas de Dios y que obstaculizan la vida de Cristo en nosotros. Después que veamos tal luz, inmediatamente el Espíritu Santo en nosotros vendrá y aplicará dicha luz a los asuntos grandes y pequeños de nuestra vida diaria. Antes de que viéramos esta luz, no nos sentíamos incómodos ni percibíamos condenación alguna cuando nos enojábamos y nos comportábamos de manera carnal; pero ahora, después de ver la luz, el Espíritu Santo aplica dicha luz a nuestra vida. Cuando nos conducimos según nuestra vida natural y nos enojamos,

el Espíritu Santo nos hace percibir que esto es nuestra carne, nuestra vida natural, nuestro yo y nuestro temperamento, todo lo cual debemos condenar y rechazar porque ya se le dio fin en la cruz. Entonces, por el poder del Espíritu Santo, no aprobamos estas cosas y aplicamos la crucifixión sobre ellas. En ese momento, la crucifixión deja de ser simplemente una verdad objetiva, y se convierte en una experiencia subjetiva para nosotros. Esto es lo que se menciona en Romanos 8:13, a saber, hacer morir por el Espíritu los hábitos del cuerpo. Esto también equivale a que seamos entregados a muerte por causa de Jesús, como se menciona en 2 Corintios 4:11-12.

Sabemos que la vida de Cristo contiene el elemento de la muerte, y cuando dicho elemento pasa por nosotros, la muerte opera en nosotros. Esto es similar a las células sanguíneas, las cuales tienen por lo menos dos funciones. La primera función consiste en matar a los enemigos del cuerpo, es decir, a los microbios; y la segunda función consiste en suministrar simultáneamente a nuestro cuerpo los nutrientes que éste necesita. Vimos esta luz hace algunos años, pero no hablamos de ello porque no tuvimos suficiente valor para decir que la vida de Cristo contiene la eficacia de Su muerte. No obstante, en nuestra experiencia hemos entendido esto con más claridad. Recientemente vimos que el hermano Andrew Murray también dijo lo mismo; él dijo que en la vida de Cristo está el poder aniquilador, el elemento de muerte, la eficacia de la muerte.

Una vez que el Espíritu Santo tenga cabida en nosotros, nos guiará diariamente a dar muerte a nuestra vida natural y a nuestra carne. Este aniquilamiento, esta muerte, es el quebrantamiento. Además, a fin de ayudarnos, Dios también nos proporciona la disciplina del Espíritu Santo externamente al disponer nuestras circunstancias, de modo que Él pueda trabajar en nosotros de forma coordinada tanto por dentro como por fuera. La vida de Cristo opera desde adentro, mientras que las circunstancias trabajan desde afuera. Cuando deseamos ser quebrantados, inmediatamente se produce la coordinación de las cosas internas y externas, y el Espíritu Santo comienza a producir en nosotros el quebrantamiento. Con todo, si el deseo de nuestro corazón y nuestro espíritu no cooperan con el aniquilamiento que el Espíritu Santo realiza, entonces todas las circunstancias —por muchas que sean— no sirven para nada. Las circunstancias externas trabajan en coordinación con el Espíritu Santo que mora en nosotros, y entre estos dos factores se halla un tercer factor necesario: nuestra cooperación.

El Espíritu está por dentro, las circunstancias están por fuera, y entre estos dos nosotros tenemos que cooperar y poner en ejecución. De esta manera, día tras día y momento a momento, serán quebrantados nuestra vida natural, nuestra carne y nuestro yo. Finalmente, cuando estemos a punto de enojarnos, ya no podremos dar rienda suelta a la ira, porque habremos sido quebrantados y tendremos muchas heridas que nos marcan. (*Cómo ser útiles para el Señor*, págs. 76-78)